

Ha llegado la hora de amar a la Iglesia

Remembranza del Card. Don Marcelo González Martín

Juan Carlos Ortega

Docente de Teología espiritual y Pastoral y catequética en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas Regina Apostolorum

«Cristo amó a la Iglesia» (Ef 5, 25), afirma con naturalidad San Pablo a los primeros cristianos. El apóstol, nos invita, como cristianos, a amar a la Esposa de Cristo, como Él mismo la ha amado. Debemos aprender cómo se vive este amor concreto y singular. Curiosamente, no conozco una reflexión ordenada que exponga el verdadero significado del amor a la Iglesia y, sobre todo, que recoja sus implicaciones concretas y morales. En cambio, abunda la reflexión teológica, espiritual y moral, sobre el amor a Dios y el amor al prójimo, bajando a lo concreto de la práctica de dicha virtud. Considero que una reflexión sobre el amor a la Iglesia se hace necesaria para cubrir esta omisión o laguna.

Quando leí en las primeras predicaciones del cardenal don Marcelo González Martín¹, expresiones como: «es la hora del amor a la Iglesia»², o «mis ojos se vuelven ahora hacia la Iglesia, mi Madre, porque también ella merece ser amada»³; o también, «amo a la Iglesia de Cristo»⁴, entendí que me encontraba ante un hijo que hablaba del amor a la Iglesia como algo propio.

Poco después de concluir las sesiones conciliares, decía: «El Concilio hoy es como un grano de trigo que ha caído en tierra y está ahora sepultado, para brotar más tarde en las espigas de una fecundidad»⁵. Y párrafos

¹ Don Marcelo González Martín fue arzobispo de Toledo de 1972 a 1995. Anteriormente presidió la diócesis de Astorga (1961-1966) y de Barcelona (1966-1972). Fue nombrado cardenal en el año 1973. Murió el 25 de agosto de 2004.

² M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Fuertes en la Fe. Conferencias y homilias cuaresmales*, Balmes, Barcelona 1968, 59.

³ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Libres en la caridad*, Balmes, Barcelona 1970, 109.

⁴ *Ibid.*, 120.

⁵ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Unidos en la Esperanza. Predicación cuaresmal*, Balmes, Barcelona 1969, 55.

después: «Siempre ha actuado así en la vida de cada alma y de la Iglesia. El grano de trigo revienta más tarde en espléndidas espigas»⁶. Estas palabras me hicieron entender que ahora sí, ha llegado la hora de amar a la Iglesia y de ayudar a los demás a que la conozcan, se enamoren de su belleza y la amen.

En homenaje a este gran hombre de Iglesia, al cumplirse los diez años de su muerte, ayudado de su pensamiento, hablaré sobre el amor a la Iglesia: 1. ¿Qué es la Iglesia?; 2. ¿Qué significa amar a la Iglesia?; 3. Presentaré a Don Marcelo (así le gustaba que le llamaran) como testigo de amor a la Iglesia; 4. A modo de resumen, ofreceré un decálogo para amar a la Iglesia.

1. La Iglesia como *Familia de Dios*

Don Marcelo, recién nombrado obispo, participó, desde sus inicios, en todas las sesiones del Concilio. Terminado, dedicó las energías de su largo episcopado a la recepción de los contenidos conciliares sea en su vida personal como en la de los fieles de las diversas greyes que la Iglesia le confió.

La recepción de un Concilio no es cosa de unos meses, ni de unos pocos años. Implica una comprensión de los elementos esenciales o conceptos fundamentales en torno a los cuales gira la renovación propuesta y una aplicación prudente y gradual a la vida eclesial.

¿Qué es la Iglesia? ¿Cómo dijo la Iglesia de sí misma durante el Concilio? Un acreditado teólogo español señala los conceptos de «sacramento», «misterio» y «pueblo»⁷ como categorías fundamentales para entender la eclesiología del concilio Vaticano II.

Don Marcelo centra la categoría de «misterio» en la acción trinitaria, subrayando, de modo especial, la acción del Espíritu Santo y de la Eucaristía.

Los creyentes tienen acceso al Padre por Cristo en el único Espíritu (LG 4), “uno y el mismo en la Cabeza y los miembros, vivifica y mueve a todo el cuerpo, cual el alma en el cuerpo humano” (LG 7g), “unifica a toda la

⁶ *Ibid.*, 60.

⁷ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Introducción» a la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, en *Concilio Ecuménico Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*, B.A.C., Madrid 1996², 64-65.

Iglesia en la comunión y ministerios, le dota de los diversos dones jerárquicos y carismáticos” (AG 4)⁸.

Más en concreto,

“el Espíritu Santo vivifica cuasi-alma los institutos eclesiásticos” (AG 4), “guía a la autoridad de la Iglesia” (LG 43), [...] “mantiene indefectible la forma régimen constituida por Cristo en su Iglesia” (LG 27), “la estructura social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para que el cuerpo crezca” (LG 8)⁹.

Junto a esta categoría sobrenatural, don Marcelo reconoce que la Iglesia es una realidad presente. Él comparte, toca y oye los anhelos y problemas de los hombres que componen el «pueblo» de Dios y se sabe al servicio de ellos. Reconoce que «en la Iglesia, en cuanto agregación de seres humanos llamados a realizar en la historia el designio que Dios ha predispuesto para la salvación del mundo, el *poder* se presenta como una exigencia imprescindible en la *misión*»¹⁰. La misión, siendo divina, requiere también su aspecto visible.

Ahora bien,

la sociedad dotadas de órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, el grupo visible y la comunidad eclesial, la Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y humano (LG 8).

Don Marcelo, saliendo del aula conciliar, se dio al trabajo intelectual y espiritual de comprender esa *realidad compleja* que es la Iglesia. Él tenía muy claro que «Cristo y su Iglesia son indisociables. No se puede creer en Cristo y no creer en la Iglesia, se creería en un Cristo parcial»¹¹. Pero también comprendió con claridad que «la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, en sus enseñanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santi-

⁸ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «La potestad sagrada de la Iglesia», en A. RUCOSA ESCUDÉ (Ed.), *XVI Jornadas de la Asociación Española de Canonistas. Aspectos de la función de gobierno de la Iglesia*. Universidad Pontificia, Salamanca 1998, 40.

⁹ *Ibid.*, 40.

¹⁰ *Ibid.*, 51. Cita a JUAN PABLO II, *Catequesis de los miércoles*, 24 de febrero de 1993.

¹¹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Hijos de la luz*, Balmes, Barcelona 1971. 94.

ficadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo»¹². Además, entendió que tampoco su estructura jerárquica agotaba toda la realidad humana institucional de la Iglesia. Se percató que el trabajo a realizar no consistía en lograr un equilibrio titubeante que diera gusto a todas las partes, sino el de una integración de todas las categorías de modo que cada una de ellas encontrara su propia identidad y viviera son seguridad y armonía dentro de la única y misma realidad: la Iglesia. Para ello, era necesario, «frente a una acentuación de los elementos de su cuerpo, poner de relieve las dimensiones del alma. [...] Frente a una concentración de la Iglesia en la Jerarquía, una acentuación prioritaria de los elementos comunes constituyentes de la existencia cristiana»¹³.

La Iglesia, entendida como «sacramento», y así presentada desde la introducción de la *Lumen gentium*, es la categoría teológica que posibilita la integración de los elementos, «misterio» y «pueblo». Pero, ¿cómo presentar a los fieles la categoría teológica, «sacramento», perno necesario para comprender la realidad divino-humana de la Iglesia?

En un inicio, presenta la Iglesia desde sus cuatro propiedades esenciales, integrando las categorías divina y humana: la estructura humana y visible es hoy vivificada, como lo fue ayer y lo será siempre, por el elemento divino. En efecto, la Iglesia es apostólica porque Jesucristo «edificó la santa Iglesia enviando a sus apóstoles lo mismo que Él fue enviado por el Padre, y quiso que los sucesores de aquellos, los obispos, fuesen los pastores de su Iglesia hasta la consumación de los siglos»¹⁴. Es Cristo quien posibilita que la Iglesia siga «siendo Santa, a pesar de los pecados de sus hijos, sean quienes sean»¹⁵, y que sea «hermosa la Iglesia de todos los tiempos»¹⁶. Igualmente permanece siempre «una y única la Iglesia fundada por Cristo

¹² M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Homilía en la Misa Pontifical celebrada en la S.I.C.P. al final del Octavario en honor de la Virgen del Sagrario y homenaje de la archidiócesis al Papa Pablo VI con motivo de su ochenta cumpleaños» (16 de octubre de 1977), *Boletín oficial del arzobispado de Toledo [BOAT]*, noviembre 1977, 429. Recoge las palabras de PABLO VI, *Alocución al término de la tercera Sesión Conciliar*, n. 27, 21 de noviembre de 1964.

¹³ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Introducción», *o.cit.*, 63.

¹⁴ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Fuertes en la Fe...*, 48.

¹⁵ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Ciclo de Conferencias cuaresmales sobre la familia*, Federación de Asociaciones Católicas de Padres de Familia de Barcelona, Barcelona 1955, 13.

¹⁶ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Gozo y esperanza. Homilias sobre el sacerdocio*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2010.167.

Señor» (UR 1). Por último siempre será «misionera por naturaleza, pues procede de la misión del Hijo y de la del Espíritu Santo»¹⁷.

En consecuencia, la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, comporta una realidad misteriosa y siempre presente, gracias a la vivencia defectible, pero siempre mejorable, de la relación entre

Cristo y los cristianos, que bajo la acción del Espíritu Santo se cambian entre sí y se comunican sin cesar los impulsos, latidos, ejemplos, auxilios, requerimientos, interrogantes, respuestas, luchas, esperanzas, anhelos, virtudes, cruces, alegrías, es decir, todo lo que es vida y que produce vida¹⁸.

Junto a esta línea de pensamiento madura en su interior otro camino de reflexión, motivado, en gran medida por la necesidad pastoral. Advirtió que el concepto de Iglesia corría el riesgo de degradarse si se aplicaba con poco rigor las categorías sociales. Ciertamente acogía conceptos como *igualdad* o *diálogo*, pero respetando siempre los principios cristianos¹⁹. Al mismo tiempo, quería presentar a los fieles un concepto que facilitase la comprensión de la Iglesia y que la acercase de tal manera a sus corazones que los convirtieran en amantes de Ella. Quería presentar una Iglesia *deseable, amable, querible*. Esto lo encontró a través del concepto *Familia de Dios*. ¿Por qué privilegió esta categoría?

Su argumento para llamar a la Iglesia *familia* es muy sencillo. Si Dios quiere que «todos los hombres formen una única familia» (GS 24), y si Dios quiso salvar a los hombres no individualmente, sino por medio de la Iglesia (cf. LG 9) para que todos participen de la vida divina, se puede y se debe afirmar que la Iglesia es la «familia de Dios» (LG 28).

¹⁷ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Seminario nuevo y libre*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1991, 44-45.

¹⁸ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1987, 170.

¹⁹ La postura de Don Marcelo está bien expresada por un eminente teólogo español: «es absolutamente esencial mantener la determinación trinitaria, cristológica y eucarística de la idea [de comunión] para no degradarla leyéndola a la luz de categorías políticas, que si funestas fueran las monarquías para comprensión de la Iglesia, no menos serán las democráticas. Con ello no estamos diciendo que no deba integrarse en la Iglesia un espíritu de igualdad, participación e integración, sino todo lo contrario: que es necesario, y que debe hacerse a la luz de esas exigencias cristianas originarias». O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Introducción», *o.cit.*, 66.

Leyendo con atención sus escritos se descubre que el *princeps analogatum* de esta analogía no es la familia natural, sino la Iglesia. Don Marcelo no llama a la Iglesia *familia* por analogía con la familia natural. No. La Iglesia es *la familia, la familia de Dios*. En consecuencia, todas las demás realidades que quieran autodefinirse como familia deberán contemplar la Iglesia, en su misterio y en su realidad visible, y descubrir en Ella la verdad sobre lo que es y tiene que ser una familia. Si lo vemos bien, esta idea subyace también en la doctrina conciliar²⁰.

En don Marcelo la visión de la *Familia de Dios* polariza, poco a poco, toda su enseñanza y todo su obrar, de modo que, el amor que profesa e inculca no es principalmente un amor a algo externo, ni principalmente a algo recibido como don. Al amar a la Iglesia, uno ama aquello a lo que pertenece; más aún, ama aquello que uno mismo es: Iglesia, *Familia de Dios*.

2. El amor a la Iglesia, *Familia de Dios*

El tema del amor era frecuente en la predicación de don Marcelo. Cuando era sacerdote enmarca el amor dentro de la pastoral matrimonial y familiar²¹. En Astorga centra en el amor la actividad social de la diócesis²². Invita al amor para solucionar las diferencias entre los diversos grupos eclesiales de la diócesis Condal²³. El Corpus toledano es motivo propicio pa-

²⁰ «La familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y su Iglesia, hará patente a todos la presencia del Salvador en el mundo y la genuina naturaleza de la Iglesia, tanto por el amor de los cónyuges, por su generosa fecundidad, por su unidad y fidelidad, como por la cooperación amorosa de todos los miembros» (GS 48).

²¹ Sugerimos la lectura del libro M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Espíritu Cristiano y Moral Profesional*, Colegio de Arte Mayor de la Seda, Barcelona 1954.

²² Cada año organizaba una campaña navideña en favor de los más necesitados. Se pueden consultar, entre otros, los siguientes documentos: M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Después de la Campaña de Navidad» en *Boletín oficial del Obispado de Astorga [BOOA]*, 1 de febrero de 1965, 136-138; y M. GONZÁLEZ MARTÍN, «La Ciudad de la Ilusión», en *BOOA*, 1 de enero de 1967, 15-16.

²³ Las conferencias cuaresmales de 1970 versaron sobre el mandamiento del amor. Están recogidas en el volumen M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Libres en la caridad...*

ra hablar de la caridad cristiana²⁴, y la transverberación de Santa Teresa es ambiente ideal para hablar del amor en la vida espiritual²⁵.

Don Marcelo destaca cinco puntos centrales al hablar del amor:

1. Dios es el origen del amor. El primer mandamiento o, si queremos, lo previo al primer mandamiento consiste en reconocer a Dios como lo que es: Dios. Sin este paso previo no habrá mandamientos. Todo mandamiento, también el que conocemos como primero, procede de Dios:

¡Escucha, Israel; escucha, pueblo de Dios; escucha, hombre de todos los tiempos: Dios es uno y único y no hay más Dios verdadero que éste que te habla; los demás son ídolos que se fabrican los hombres! Y el primer mandamiento de la ley es éste; y viene esa expresión tan repetida: Amarás a Dios [...]»²⁶.

2. La clave está en saberse amado por Dios. «Falta en el mundo cristiano la fuerte conciencia de que Dios nos ama y que, por eso, hay que amarle a Él, cumpliendo en todo momento las consignas que Él nos ha trazado»²⁷. Y pide: «hemos de creer en el amor que Dios nos tiene y en el que nosotros hemos de tenerle a Él»²⁸.

3. El amor a Dios y a los hombres, siendo distintos, es único e inseparable. Jesucristo «estableció el mandato único y fundamental del amor, con sus dos vertientes, hacia Dios como objeto insustituible, y hacia los hombres como necesidad absoluta para que el amor a Dios sea sincero y veraz»²⁹. El amor a Dios «es inseparable del amor al hombre, por supuesto, pero al decir que es inseparable sigo diciendo que lo primero es el amor a

²⁴ Todos los años publicaba una exhortación pastoral con motivo del Corpus Christi cuyo tema central era el amor.

²⁵ Cf. M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Véante mis ojos. Santa Teresa, para los cristianos de hoy*, Edibesa, Madrid 2003.

²⁶ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «El mandamiento fundamental, el del amor a Dios, se concreta en el del amor al prójimo», en *BOAT*, abril 1985, 288. Las palabras en cursiva fueron escritas por Don Marcelo en negrilla con el fin de resaltar lo que él consideraba que era el primer mandamiento para Jesús.

²⁷ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Espíritu Cristiano...*, 102.

²⁸ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Véante mis ojos...*, 130.

²⁹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Un reto a nuestra solidaridad», en *BOAT*, octubre-noviembre 1988, 638.

Dios en su Misterio»³⁰. En consecuencia, «hay que empezar por el mandamiento primero y no olvidarnos del segundo»³¹.

4. El auténtico amor es sobrenatural y, a la vez, concreto u operante. «El hombre cristiano [...] recibe las primicias del Espíritu, que le capacitan para cumplir la ley nueva del amor» (GS 22). De ahí que «sobrenaturalismo sin caridad es ilusión engañosa; caridad sin sentido sobrenatural es humanitarismo laico y amor incompleto»³².

5. El amor se ejerce unido al sufrimiento. Mientras «el mundo maldice y reniega de la cruz, Cristo lo coloca en el centro de la vida como el supremo amor»³³. Jesucristo nos propone «la sublime exaltación del amor y del sacrificio como programa fundamental de su doctrina»³⁴.

¿Cómo se aplican a la Iglesia estos aspectos del amor? Nadie duda que el amor a la Iglesia sea una virtud que todo bautizado está llamado a vivir. Quizás por ello, por no dudarlo, no se afirma expresamente. Y si se hace, no es fácil encontrar un desarrollo de lo que implica ese amor. En gran medida se ocurre esto porque no se tiene claro qué o quién es la Iglesia. O quizás por lo contrario: se tiene tan claro que la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo que parece innecesario el amor a la Iglesia, dado que ya se ama a Cristo. Aquí está el error. Aunque la Iglesia sea el Cuerpo Místico de Cristo, Iglesia y Cristo no se identifican. No basta amar a Cristo para amar a la Iglesia. Hay que amar a Cristo y hay que amar a su Iglesia. Cristo e Iglesia son dos objetos diversos, pero unidos, de nuestro amor.

El slogan «Cristo sí, Iglesia no», de los años del postconcilio, es algo posible, pero absurdo. Es posible porque en sí son dos realidades diversas, pero es absurdo porque la Iglesia es, también, Cristo. En realidad el verdadero principio sería: «si Iglesia no, Cristo tampoco». O enunciado positivamente, como publicó alguien cercano a don Marcelo: «Cristo sí, Iglesia también»³⁵.

³⁰ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Vivir en Cristo. Predicación de Cuaresma y Semana Santa*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1989, 344.

³¹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Conmemoraciones Mercedarias. El fruto de unas conmemoraciones», en *Boletín oficial del arzobispado de Barcelona [BOAB]*, 15 de octubre de 1968, 696.

³² M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Prelado. Saludo y agradecimiento», en *BOOA*, 1 de junio de 1961, 187.

³³ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Espíritu Cristiano...*, 29.

³⁴ *Ibid.*, 31.

³⁵ Cf. J.L. ORTEGA, *Y la Iglesia también*, B.A.C., Madrid 2002.

La dificultad del amor a la Iglesia desaparece si se tiene bien claro qué es la Iglesia. Cuando esto se da, entonces, uno sabe cuál es el objeto de nuestro amor. Si la Iglesia es la *Familia de Dios*, y ésta única realidad se expresa en una doble vertiente (la natural o visible y la espiritual o sobrenatural), entonces se amará toda la realidad divina-humana de la Iglesia. En otras palabras se trata de *distinguir (sin oponer, sino) integrando los diversos elementos de la realidad eclesial*.

Si la Iglesia es una realidad divina y humana, se impone amar tanto a su realidad sobrenatural como a su realidad natural. El amor no puede prescindir de ninguna de las dos realidades. Reducir el amor a la Iglesia a la caridad hacia sus miembros es perder de vista la fuente y origen que posibilita el misterio eclesial. Por el contrario, pretender un amor a la realidad sobrenatural de la Iglesia que no se refleja en expresiones de amor a sus miembros es perder de vista que la Iglesia es una realidad diversa de Cristo³⁶. Teniendo en cuenta lo anterior se precisa reconocer que el amor a la realidad sobrenatural de la Iglesia es lo que posibilita la universalidad del amor a todos sus miembros.

Se precisa también amar las dos vertientes de la realidad natural de la Iglesia. Es decir, se pide amar tanto a cada uno de los individuos como a la estructura social que esos individuos encarnan dentro de la Iglesia. Y también aquí se da un orden integrador: el amor y sus expresiones «no se orientan directamente y en primer lugar a la comunidad, sino a cada hombre, y a través de él, al conjunto social»³⁷. Es decir, hay que amar a todas las personas, indistintamente de la función que desempeñen en el contexto eclesial. Hay que amar a cada uno, y hay que amar también la estructura social que representa algún aspecto de la realidad divina. Unos ejemplos concretos: hay que amar a la persona del Papa, como se ama a todo miembro de la Iglesia, pero también hay que amar el Papado; hay que amar a la persona del obispo, y también a la realidad diocesana; hay que amar a cada sacerdote o fiel, al igual que a la parroquia o realidad eclesial en la que desempeñe su apostolado.

Todavía se requiere integrar más diferencias. Todos los miembros de la Iglesia merecen nuestro amor, pero un amor que abarque todos los aspectos

³⁶ «Pensar que el amor a Dios nos priva de amar al hombre o resta grandeza y categoría al humanismo, es una equivocación», M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Conmemoraciones Mercedarias...», 697.

³⁷ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Caridad y promoción del hombre», en *BOAT*, mayo-junio 1973, 265.

tos de su persona, tanto los materiales como los espirituales. De lo contrario, «se mutila al hombre y no se atiende a valorar lo que espiritualmente significa para él su alma y su destino eterno»³⁸.

De modo similar, el amor a la Iglesia debe incluir también sus instituciones. Pero, por encima de estas obras y por medio de ellas, hay que promover la persona misma y los valores humanos que nuestra fe cristiana nos presenta como esenciales a todo ser humano. Entre ellos destaca el amor, la vida y la familia, el ofrecer una formación y educación para alcanzar el desarrollo pleno de las propias cualidades, y el comprometerse con todos, pero de modo preferente con aquellos más necesitados a causa de sus pobreza materiales y espirituales.

En resumen, amar la Iglesia implica amar a todos, a Cristo cabeza y a su cuerpo que son todos los miembros. Es también amar todo Cristo y todo de cada uno de sus miembros.

Aún debemos considerar dos elementos más. El amor, para que sea en verdad amor, además de amar a todos y amar a toda la persona, exige amar con toda la persona. Es decir, hay que saber amar, hay que querer amar, hay que gustar amar. En otras palabras, además de hacer una opción por el amor, hay que amar con inteligencia y hay que gozar con la belleza de amar. Amar a la Iglesia además de ser un deber, que impone la razón, y un derecho, que opta en libertad, es un bien que embellece y hermosea la propia personalidad.

Indudablemente que el amor a la Iglesia debe basarse principalmente en la conciencia de que Ella es el Cuerpo de Cristo y de que, como miembro de la misma, estamos comprometidos a amarla. Pero difícilmente se mantendrá un amor si no nos dejamos seducir por la belleza y hermosura de la Iglesia. Se precisa reconocer, y también cantar, las bellezas de la amada, belleza que siempre mantiene por encima de las deficiencias propias de sus miembros. Decía don Marcelo:

Es siempre honroso el rostro de la Iglesia y si alguna vez aparece afeado, antes de acusar habrá que pensar si no han sido nuestras manos las que han llevado la mancha hasta su frente. Entonces, la solución ya no estará en volverle la espalda para no ver su fealdad, sino en limpiar la mano que manchó el rostro³⁹.

³⁸ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Libres en la caridad...*, 69.

³⁹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Amad mucho a la Iglesia, con ella se está siempre, como se está con la madre», en *BOAT*, marzo-abril 1992, 235. También son hermosas

No debemos ser ingenuos. Hay que reconocer el mal que hay en los hombres de Iglesia y por lo tanto en la Iglesia. Pero ese mal no es de Cristo, tampoco es de la Iglesia, aunque exista y viva en ella. El mal presente en la Iglesia nunca debe impedir contemplar su belleza ni disminuir nuestro amor a Ella:

Amad mucho a la Iglesia. Negaos a participar con ningún género de asentamiento en esa actitud de “Cristo sí, Iglesia no”, aunque sea cierto el aforismo de *Ecclesia semper reforma[n]da*. Pero *con la Iglesia se está siempre como se está con la madre*: la actitud de desdén o menosprecio equivale siempre a un ultraje⁴⁰.

Amar a la Iglesia con todo lo que uno es implica también amarla con cariño, con afecto. Y, por lo tanto, poner siempre ante nuestra mirada de fe la belleza intrínseca que Ella porta en sí misma. Hay que predicar la belleza de la Iglesia, sin complejos, sin miedos, basados en el conocimiento que la fe nos ofrece.

Y un último detalle. Si todos somos Iglesia e hijos de Ella, alcanzaremos nuestra plenitud si cada uno la ama. Entonces surge la exigencia de aprender a amar la Iglesia. Debemos cuidar no diluir su realidad en Cristo, aunque se la pueda llamar el “Cristo total”; ni tampoco hacerla desaparecer en el ejercicio de la caridad universal, aunque todos y cada uno de sus miembros sean Iglesia. En el corazón del cristiano el amor a la Iglesia ocupa un lugar propio y singular, y se ha de manifestar de un modo apropiado y diverso a como se vive el amor a Cristo, precisamente por no identificarse plenamente con Él, pues solo es su cuerpo, y diversos de cómo se vive el amor a cada uno de sus miembros, pues el Pueblo de Dios es mucho más que la suma de los bautizados.

Así, podemos identificar cuatro características en el amor a la Iglesia. En razón del sujeto que ama, es decir, cada uno de los bautizados, el amor a la Iglesia es *vinculante*. Esto es, todos están llamados a amar pues este amor no depende de una opción individual ni de un deber legal, sino de la misma esencia de la Iglesia. En segundo lugar el amor a la Iglesia implica *ple-*

las siguientes palabras: «¿por qué me echáis en cara las faltas de la Iglesia, si no son tuyas, son nuestras, de los hijos que ella ha recogido con el deseo de limpiar su cara, para ir poco a poco haciendo de cada uno un santo, un hijo bendito de Dios, un discípulo de Cristo?», M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Los valores de siempre*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1995, 138.

⁴⁰ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Amad mucho a la Iglesia...», 235. En el original falta una “n” en la expresión latina.

nitud. Se debe amar con toda la persona. De modo especial, subrayamos el aspecto afectivo de este amor por ser, quizá, el que más se descuida. En relación al objeto, es decir, la Iglesia, el amor debe ser *universal*. Esto significa, amar a Cristo y a todos los miembros y realidades de la Iglesia. Por último debe ser un amor *total*, lo que implica amar los diversos aspectos que encierra la Iglesia y sus miembros.

3. Don Marcelo amó a la Iglesia

Si este escrito quiere ser un homenaje al cardenal don Marcelo, llega el momento de hablar, no solamente de su pensamiento sino de su testimonio de vida⁴¹. Nos ayudaremos de aquellas personas que convivieron con él.

Sin negar posibles influjos de pensadores y teólogos de su tiempo y de santos del patrimonio eclesial, él se dejó influir especialmente por la situación eclesial del momento y por las necesidades de los fieles a él confiados. «Trabajó con firmeza por conformar [...] los cambios espirituales, sociales y políticos, importantes y profundos que se estaba produciendo en la historia de España y en la sociedad española, con la correcta interpretación y aplicación del Concilio Vaticano II»⁴². «Don Marcelo sabe perfectamente por dónde camina la Historia»⁴³, «le toma el pulso a nuestra época y conoce las flaquezas humanas, las trampas sociales, los trucos políticos. Pero ve a los hombres de hoy sedientos de respuestas profundas que no hallan en el tejido maravilloso de la técnica envolvente»⁴⁴. «Ha estado siempre en vela para alertar de lo que llega como amenaza para defenderse, o como gracia salvadora para abrirse a ella»⁴⁵. «Ha hablado a los de casa y a los de fuera.

⁴¹ «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros o, si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos», PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 41, 8 de diciembre de 1975.

⁴² C. RUEDA FERNÁNDEZ, *Don Marcelo, servidor y maestro*, Antonio Pareja Editor, Toledo 2006, 223.

⁴³ Palabras de A. de Paz, citadas en M. A. VELASCO PUENTE, *Don Marcelo obispo. As-torga, Barcelona, Toledo*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1986, 69.

⁴⁴ J.M. JAVIERRE, «Espléndida madurez de Don Marcelo», en *BOAT*, diciembre 1987, 776.

⁴⁵ A. CAÑIZARES LLOVERA, *¡Gracias, D. Marcelo!*, en *BOAT*, marzo 2003, 300. Continúa el autor: «Así, como pocos, ha mostrado una alertada sensibilidad ante los retos que el mundo plantea hoy a cuantos creemos en el Señor. Sus palabras, alertas suyos del pasado, pronósticos de futuro de hace muchos años, se han convertido después en diagnósticos certeros del presente», *Idem*.

Reiterando la doctrina recibida, advirtiendo de los riesgos que acechan, y atendiendo a los interrogantes, múltiples y graves, que el hombre contemporáneo plantea»⁴⁶.

¿Qué actitudes propiciaron en Don Marcelo este corazón de pastor?

Sobre todo, se sabe hijo de la Iglesia. «Madre, soy hijo tuyo, hijo de la Iglesia, ibendito seas Madre mía!»⁴⁷. Reconocía que «la Iglesia Madre [...] como verdadera madre amorosísima me ha aceptado, preparado y enriquecido sin medida hasta constituirme sucesor de los Apóstoles para proclamar el Evangelio»⁴⁸. Todo lo que él era y tenía había sido recibido de la Iglesia, de ahí su deseo de una recíproca entrega hasta su muerte: «Sí, quiero ofrecer todo cuanto tenga, para que no me quede yo con nada. Sí, hijo de la Iglesia hasta el final»⁴⁹.

Otra actitud, reconocida por muchos, era su humildad. «Gracias por su humildad, por su profunda humildad que yo he palpado, no buscando más que cumplir la voluntad de Dios»⁵⁰. «También en estos años poco serenos, en los que ha servido a cara descubierta a la Santa Iglesia, con dignidad y con firmeza, a la vez que con profunda humildad»⁵¹. Hasta el mismo «cardenalato lo ha llevado con un enorme prestigio, y hasta humildad»⁵². «Gracias, don Marcelo, porque hasta el final nos ha dado ejemplo de saber estar cuando se le necesitaba y saber retirarse para dejar paso a otros, y siempre desde un profundo amor a lo sencillo»⁵³.

Una tercera actitud: «*Don Marcelo cree en la fuerza de la verdad. Él sabe que sólo la verdad nos hará libres.* Una verdad total, sólida, católica

⁴⁶ B. GANTIN, «Prólogo», en M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1993, X.

⁴⁷ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Véante mis ojos...*, 237.

⁴⁸ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Gratitud del Señor Cardenal a sus diocesanos todos», en *BOAT*, junio-julio 1991, 298.

⁴⁹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Misa de acción de gracias en el 25º aniversario de la Fraternidad Reparador*, Manuscrito inédito.

⁵⁰ F. CERRO CHAVES, «Don Marcelo, siempre muchas gracias por una vida fiel y leal», en *Agua Viva*, n. 51, noviembre 2004, 25.

⁵¹ R. PALMERO RAMOS, «El secreto de una eficacia sacerdotal», en M. A. VELASCO PUENTE, *Don Marcelo obispo...*, 203.

⁵² E. ROMERO, «Un abrazo...», en *BOAT*, julio-agosto 1986, 492.

⁵³ F. CERRO CHAVES, «Don Marcelo, siempre...», 25.

[...] Él da ejemplo de una fidelidad plena a la Revelación Divina»⁵⁴. Es cierto que «en aquellos años fue calificado por algunos de “avanzado”. Hoy no pocos se empeñan en catalogarle como “conservador”. ¡Y ninguno acierta! Don Marcelo no ha cambiado. Es siempre el mismo»⁵⁵. «No sacrifica nada del depósito de la fe para granjear popularidad o agradar a los oyentes. Él tiene, inclusive, el coraje profético de remar contra corriente, cuando es necesario»⁵⁶. En ese sentido, «no hay para don Marcelo “derecha ni izquierda, sino acertar en la verdad a impulsos de un amor indefectible”. Así ha cumplido y cumple este hombre de fe, con corazón de niño»⁵⁷. «Se manifiesta incommovible en su ejemplar fidelidad a la Iglesia y al Concilio Vaticano II, al Magisterio y a las directivas de los Sumos Pontífices; en último término, a Cristo mismo»⁵⁸.

¿Cómo vivió y expresó su amor y servicio a la Iglesia?

Vivió como «hijo de la Iglesia sin concesiones a la galería»⁵⁹, «quiso entrañablemente a la Iglesia de Jesucristo y contagió a todos su deseo de amor, entrega y afecto filiales»⁶⁰. «¿Qué otra cosa había hecho él a lo largo de su vida que hablar de la belleza de la Iglesia, contagiar amor a la Iglesia, gozarse de ser hijo de la Iglesia, defender a la Iglesia, vibrar con la Iglesia?»⁶¹. «El amor a la Iglesia fue su pasión. Por lo que implica de sufrimiento y por lo que entraña de entusiasmo»⁶². Así escribía don Marcelo a una mujer consagrada:

La Iglesia es la que nos ha dejado Jesucristo en el mundo para acoger a todo los redimidos. Merece la pena que personas como tú entreguen su co-

⁵⁴ A. GARCÍA-GASCÓ Y VICENTE, «El perfil de un Pastor», en *BOAT*, junio-julio 1991, 301. Las letras en cursivas son del original.

⁵⁵ J.A. CARRASCO, «Primeros años y formación del elegido», en *BOAT*, junio-julio 1991, 282.

⁵⁶ A. GARCÍA-GASCÓ Y VICENTE, «El perfil de un Pastor»..., 301.

⁵⁷ R. PALMERO RAMOS, «El secreto de una...», 203.

⁵⁸ J.A. CARRASCO, «Primeros años...», 282.

⁵⁹ A.J. GONZÁLEZ CHAVES, *Don Marcelo, amigo fuerte de Dios. Vida y semblanza del Cardenal Primado de España Don Marcelo González Martín*, Edibesa, Madrid 2005, 205.

⁶⁰ R. PALMERO RAMOS, «Pasión por la Iglesia», en *BOAT*, febrero 2005, 160.

⁶¹ A.J. GONZÁLEZ CHAVES, *Don Marcelo, amigo...*, 289.

⁶² R. PALMERO RAMOS, «Pasión por la Iglesia»..., 160.

razón y su vida por defenderla, amarla y hacer que sea conocida y amada por otros⁶³.

Trabajó por crear unidad en la Iglesia. «Don Marcelo ha tenido siempre *la unidad como fin, la verdad como base, la caridad como método, la santidad propia y de sus fieles como ideal*»⁶⁴. Su entrega «ha tenido como objetivo realizar la paz, la reconciliación, la comunión y la unidad de los fieles en un sola casa común: la Iglesia de Cristo; hacer de la Iglesia diocesana un hogar abierto a todos los creyentes y a todos los hombres de buena voluntad»⁶⁵.

Destacaba también «la suprema elegancia de la cordialidad y de la simpatía. Nada de lo que diga este español, castellano por más señas, ofenderá a nadie, ya que sus palabras saltan al aire nacidas directamente del Evangelio»⁶⁶. «La hospitalidad con que acoge a los hermanos en su sede. Su actitud fraternal en las reuniones de trabajo. Las muestras de solicitud cordial y de estimación bondadosa con que honra y estimula, en momentos oportunos, a uno o a otro de sus colegas»⁶⁷. Quien lo conoció, afirma: «Se encontrará en Don Marcelo la dimensión cordial del hombre bueno, pacífico y equilibrado»⁶⁸; «D. Marcelo nos ha querido entrañablemente, con amor de amigo y de hermano, y con corazón de padre y madre a la vez»⁶⁹.

Igualmente, «la obra de Don Marcelo González Martín rezuma prudencia»⁷⁰. «Con su prudencia, su acierto y su pastoral energía característica»⁷¹,

⁶³ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Carta personal a una mujer consagrada*. Manuscrito inédito.

⁶⁴ A. DEL VIGO, «El espíritu ecuménico de Don Marcelo», en *BOAT*, mayo 1986, 252. El autor escribió en negrilla las palabras que reporto en cursivas.

⁶⁵ *Idem*, 251-252.

⁶⁶ Palabras de F. Martín Abril, citadas en M. A. VELASCO PUENTE, *Don Marcelo obispo...*, 181.

⁶⁷ AA. VV., «Epílogo», en *Los Primados de Toledo*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo 1993, 177.

⁶⁸ Palabras de Antonio Aradillas, citadas en A. J. GONZÁLEZ CHAVES, *Don Marcelo, amigo...*, 153.

⁶⁹ R. PALMERO RAMOS, «“Hombre grande con corazón de niño”», en A. J. GONZÁLEZ CHAVES, *Don Marcelo, amigo...*, 224.

⁷⁰ A. GONZÁLEZ ÁLVAREZ, «Discurso de contestación al de ingreso del Emmo. Sr. D. Marcelo González Martín», en M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Presencia del misterio*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid 1974, 75. El mismo autor explica: «indaga pacientemente en la tradición y en la Historia para actualizar las experiencias válidas acumuladas en el pasado; se atiene al contexto entero de las cir-

«no cede a la fácil tentación de eliminar o reducir lo duro, para alagar al oyente. Sabe poner dulzura de comprensión en sus palabras, pero sin traicionar las exigencias del mensaje que como obispo está obligado a transmitir»⁷².

A su delicadeza y prudencia, unía una caridad ingeniosa⁷³ y un espíritu de perdón, como lo expresó repetidamente hacia algunas personas que entorpecieron su labor pastoral en la Ciudad Condal. «Don Marcelo, años más tardes, lamentó en diversos textos estas situaciones, con palabras de perdón para quienes las provocaron. En repetidas ocasiones ha declarado que conserva un gran recuerdo de su paso por Barcelona»⁷⁴.

Promovió obras de promoción social y caridad cristiana. Durante su sacerdocio, destacó «su preocupación por resolver los problemas sociales del momento en la diócesis vallisoletana»⁷⁵. En sus primeros años de episcopado, «se empeñó con santa testarudez, en edificar un colegio para niños

cunstancias en que estamos insertos sin olvidarse de ninguna por insignificante que parezca, y procura inventar y anticipar el porvenir» *Idem*, 75.

⁷¹ ANÓNIMO, «Tras las huellas del Buen Pastor», en *BOAT*, Junio-julio 1991, 288.

⁷² A. INNOCENTI, «Prólogo», en M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Vivir en Cristo...*, X.

⁷³ «Aquel día, tomando café, tras la comida que siguió a la Misa con que conmemoramos nuestro aniversario de Ordenación, en la Angélicas de Toledo, de repente dijo: “Pero, ¿no hay ninguno que fume...?” Y ante nuestra sorpresa: “Es que me gusta el olor”. Uno entonces, encendió un cigarrillo. Solo con él, yo le pregunté un día: “Señor Cardenal, ¿cómo es que le gusta el olor de los cigarrillos...?” Se sonrió, mirando con cierta sorna. “Mira, hijo, yo he sido un fumador empedernido. El médico me dijo que, no lo dejaba, me hacía polvo los pulmones. Y lo dejé, tajantemente. A los que hemos fumado mucho no nos gusta oler el tabaco porque es una tentación. Pero yo comprendí que, al no fumar yo, no debía coartar a los otros para que lo hiciesen. Y me inventé eso de que me gusta olerlo... Es la manera de conseguir que los comensales no se queden sin echar un pitillo”. ¡Así era él!», A. J. GONZÁLEZ CHAVES, *Don Marcelo, amigo...*, 63.

⁷⁴ F. MUÑOZ ALARCÓN, J. M. MARTÍ BONET, F. CATALÁN Y CATALÁN, *Gregorio Modrego Casás. Obispo del XXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona*, Claret, Barcelona 2002, 648.

⁷⁵ J. VELARDE FUERTES, «Marcelo González Martín (16-01-1918/25-08-2004), un gran académico. Sesión necrológica en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (08-02-2005)», en M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Escritos sobre la Transición Política Española. (1977-1984)*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2006, 235.

subnormales, empezó por dar ejemplo: subastó su anillo pastoral»⁷⁶. Por estos hechos «se le conoce en nuestro país por “el obispo social” [...] El celo de este obispo parece no tener fronteras»⁷⁷. Y Juan Pablo II escribió de él: «como lo pide la caridad, te has preocupado de ayudar a los pobres con todo lo que has podido»⁷⁸.

Si esta acción caritativa estaba movida por el amor a la Iglesia, por fuerza, debía expresarse como un amor a todos sus miembros. Decían de él:

Siempre me ha admirado [...] su incansable caminar en visita pastoral en todas las parroquias, aun de las más lejanas e insignificantes. Sus muchas ocupaciones y su inmensa actividad en otros campos nunca le han hecho sentirse dispensado de asumir personalmente esta tarea de pastor que conoce a sus ovejas⁷⁹.

Y él mismo comentaba:

Me he reunido con sacerdotes, con religiosos, con maestros, con niños [...] Cuando voy a otros lugares de la diócesis, voy también con el amor y la dedicación propia del que ha hecho de su vida una misión pastoral, pero voy como el que contempla un dato más del cuadro del conjunto⁸⁰.

De modo especial, destacaba su amor al Vicario de Cristo. «Sentía Don Marcelo un profundo respeto y admiración, lleno de afecto por el Santo Padre. Se le apreciaba a simple vista, cuando aludía a él»⁸¹. Además, «nos transmitía su veneración por el Vicario de Cristo»⁸². Alguien llegó a afirmar: «creo no equivocarme si coloco una de las claves para la comprensión del magisterio del Sr. Cardenal en haber querido ser eco fiel del magisterio del

⁷⁶ F. GALLO, «¡Es mucho este don Marcelo!», en M.A. VELASCO PUENTE, *Don Marcelo obispo...*, 74.

⁷⁷ J. C. VILLACORTA, «Humanista con luz interior», en *La Voz de Madrid*. Recogido en M. A. VELASCO PUENTE, *Don Marcelo obispo...*, 69.

⁷⁸ JUAN PABLO II, «Carta del Sumo Pontífice a nuestro Cardenal Arzobispo con motivo del XXV aniversario de su Consagración Episcopal (9 de diciembre de 1985)», en *BOAT*, enero 1986, 12.

⁷⁹ C. POZO, «D. Marcelo González Martín: Veinticinco años de episcopado», en *El legado espiritual del Vaticano II, visto por el sínodo*, CETE, Toledo 1987, 349.

⁸⁰ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Palabras del cardenal-arzobispo de Toledo y primado de España, Marcelo González Martín, al ser nombrado “hijo adoptivo” de la Puebla y Villa de Guadalupe», M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Amo a la Virgen de Guadalupe*, Madrid 1983, 121.

⁸¹ C. RUEDA FERNÁNDEZ, *Don Marcelo, servidor...*, 114.

⁸² A.J. GONZÁLEZ CHAVES, *Don Marcelo, amigo...*, 292.

Papa»⁸³. Destaca la obediencia a la persona del Papa, como el mismo lo confirma: todos los nombramientos episcopales los «he aceptado por pura obediencia al Vicario de Jesucristo, como un servicio humilde, difícil, trabajoso y, no obstante, esperanzado»⁸⁴.

En una palabra, Don Marcelo «No supo hacer otra cosa que servir a Dios, cumpliendo su voluntad, en una entrega total y sin fisuras a favor de la Iglesia a la que tanto amó y sirvió con todo su corazón y sus muy altas capacidades con las que Dios le enriqueció»⁸⁵. Y lo hizo desde el lugar que Dios lo quiso, como obispo. Y como «pastor bueno conforme al corazón de Dios, amó mucho a su pueblo, en cuyo beneficio no escatimó esfuerzo alguno ni sacrificio»⁸⁶. «Oteaba año atrás tan buen timonel, desde su propia barca, el horizonte inmenso de una Iglesia universal y, por lo mismo abierta, acogedora, madre»⁸⁷. Siempre con la conciencia y la misión clara: «yo no abdicaré jamás por mi parte de la autoridad que me corresponde para tomar una decisión»⁸⁸.

Leyendo y meditando sus escritos y predicación se debe reconocer que vivió como un verdadero pastor que se esforzó por vivir con los mismos sentimientos que el Buen Pastor⁸⁹. Esa era su intención: busco siempre «cumplir mi deber de pastor, que enseña y exhorta»⁹⁰.

Decálogo del amor a la Iglesia

Concluyo, reagrupando la doctrina de don Marcelo en diez afirmaciones a modo de decálogo para vivir y crecer en el amor a la Iglesia.

⁸³ C. POZO, «D. Marcelo González...», 353.

⁸⁴ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Salutación pastoral», en *BOAB*, 15 de febrero de 1967, 65.

⁸⁵ A. CAÑIZARES LLOVERA, «Homilía en la Misa de exequias de D. Marcelo González Martín», en *BOAT*, julio-agosto 2004, 539.

⁸⁶ *Idem.*, 539.

⁸⁷ R. PALMERO RAMOS, «16 de enero, San Marcelo», *Padre Nuestro*, 13/14 de enero 2007, 10.

⁸⁸ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «A las asociaciones de apostolado seglar», en *BOAB*, 15 de julio de 1966, 444.

⁸⁹ Cf. A. CAÑIZARES LLOVERA, «Ha muerto Don Marcelo González Martín», en *BOAT*, julio-agosto 2004, 536-537.

⁹⁰ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *En el corazón de la Iglesia*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1987, 243.

1. *El bautizado es la presencia del amor divino.* Siempre he pensado que el gran misterio de nuestra fe no es la Santísima Trinidad ni la Encarnación del Hijo de Dios, sino la criatura humana. Pero no una criatura humana vista desde sí misma, sino desde dónde debe ser vista, desde el plan de Dios.

El ser humano no es un juguete de Dios que se le ha rebelado y es buscado por su Padre a través de una hermosa historia de salvación a la que el hombre debe responder en amorosa obediencia⁹¹. El ser humano es mucho más. Es el fruto de Dios, es la principal, yo diría única, expresión de su Amor difusivo. El Amor ama, es decir genera y crea amor. Eso es la criatura humana: amor creado, presencia del Amor, con el fin de vivir en constante relación de amor con el Divino.

2. *La Iglesia es la Familia de Dios.* El Amor no es solitario, sino comunión de Personas. La criatura humana, creada amor, está llamada a ser también comunión de personas, por ello, fue creada hombre y mujer, de modo que pueda ser una, pero no sola. Esta comunión de personas es llamada, desde el principio, matrimonio y familia. El amor hecho criatura puede hacer mal uso de su realidad y, de hecho, obró mal. La relación de amor entre Dios y la criatura se enturbió. La criatura humana seguía siendo capaz de amar y de ser amada, pero su amor no era suficiente para mantenerse por sí misma siempre y totalmente en el amor. ¿Qué hacer?

Era necesario reforzar la presencia del amor de Dios que desde el principio existía en la criatura. Habiendo amado a sus criaturas humanas por medio de la acción del Espíritu Santo que revoloteaba en el interior de cada una de ellas, las amó hasta el extremo de hacer, tras la encarnación, su Amor humanamente visible principalmente por medio de la Eucaristía, signo de la presencia de Dios mismo, y de la Iglesia, signo de la comunión entre todos y con Dios, *Familia de Dios*⁹².

No hablo de una presencia de Dios por medio de la Iglesia, sino de una presencia de Dios que llamamos Iglesia. En cierta medida, la Iglesia no existe como realidad diversa de Dios. Existe una presencia de Dios en el

⁹¹ «El cristianismo no se reduce a una ética o un código moral, sino que es comunicación de la vida divina a los hombres, unión mística», M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Hijos de la luz...*, 79.

⁹² «Dios no nos ha creado para que vivamos sólo de lo humano y de lo natural, ni para que cumplamos una misión solitaria. Nos ha creado para introducirnos en comunión en el seno de su Vida Trinitaria», M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia...*, 267.

aquí y ahora del mundo, que llamamos Iglesia⁹³. Una presencia divina en cada bautizado, como ocurría ya desde el principio de la creación⁹⁴. Un presencia que une al Creador y a las criaturas en una única *Familia de Dios*, como ocurría también desde el principio. Pero una presencia de Dios que se hace visible por medio de las estructuras de la Iglesia⁹⁵, como quiso también hacerse presente a sí mismo por medio de la Eucaristía.

3. *El amor, participación del Amor divino, debe entenderse y vivirse en toda su integridad.* Nuestro amor siempre será insuficiente pues, si el Amor es infinito, ninguna expresión humana de amor abarcará el Amor de Dios. Pero la insuficiencia de nuestro amor no nos incapacita para amar como Dios, por ello es necesario exponer el amor en su integridad y trabajar por alcanzarlo.

El amor no es algo opcional para la persona, sino vinculante. El ser humano es amor, y por lo tanto existe para amar. En ese sentido no es una obligación, sino una necesidad de su misma naturaleza, imagen de la divina, que es el Amor. Siendo algo propio de la naturaleza humana, no se ama solamente con el corazón, sino con la totalidad del ser humano. Quien ama debe poner en juego todas sus facultades: la razón y la voluntad, pero también los sentimientos y el corazón. Debe querer amar, pero también ha de saber expresarlo con acciones concretas.

En relación al objeto amado, quien ama precisa amar de modo universal, aunque no pueda abarcar a todos en el ejercicio de su amor, dada su realidad criatural sometida al tiempo y al espacio. Fundamental será formar la conciencia de amar todo lo que la persona amada es. No amar algo del amado es no amarlo con totalidad.

Ciertamente habrá que reconocer la debilidad del amor humano. Éste, en su etapa terrena, nunca alcanzará la plenitud. Pero, precisamente por su no plenitud, siempre podrá mejorar y crecer.

⁹³ La Iglesia «es dirigida por hombres que actúan con misión y autorización divinas. La palabra de Dios se proclama en lenguaje humano (Tes 2,13), pero [...] se hace portadora del poder divino», *Ibid.*, 266.

⁹⁴ «El amor de Dios ha pasado a ser un constitutivo de su vida», M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Los valores de siempre...*, 233.

⁹⁵ «La Iglesia se concibe a sí misma como presencia real y actual del misterio de Cristo, como el Cristo que sigue viviendo en la historia y en el mundo; como Cristo Místico, cuya Cabeza es Él. La palabra *místico* no significa nada esfumado o irreal, sino la forma especial de ser de la Iglesia», M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia...*, 266.

Para ello, será necesario partir del amor de Dios al hombre, pues «la esencia de la persona, en el cristianismo, consiste en ser amada por Dios en Cristo»⁹⁶. Se precisa presentar un amor divino que anhela nuestra respuesta, pero no la obliga, pues si *obligara* a responder impediría la esencial libertad del amor. La respuesta de amor ha de surgir como fruto de la *confianza* generada por el amor recibido.

4. *El amor a la Iglesia forma parte de la virtud teologal de la caridad.* Siempre me he identificado con la expresión *Cristo sí, Iglesia también*. No son dos actos de fe a dos objetos diversos, sino un único asentimiento de fe. No se afirma: *Cristo sí e Iglesia sí*, sino *Iglesia también*. Se trata de un único acto de fe: *Cristo-Iglesia sí*, pues, en realidad, se trata de una única realidad sobrenatural. En efecto, no existe Cristo sin su Iglesia, ni la Iglesia sin su Cabeza.

Ahora bien, «el amor de Dios [...] es un amor a un Dios personal, trascendente, distinto de todo lo creado. Hay que amarle a Él por lo que es Él, prescindiendo de todo lo demás»⁹⁷. Siendo así, será necesario amar también a la Iglesia en sí misma, con manifestaciones y expresiones propias y diversas de las que se ofrecen a su Cabeza y Esposo. Según esto, sería más apropiado la afirmación: *amor a Cristo sí, amor a la Iglesia también*.

Amar a Dios implica amar la Iglesia en la que Él se hace presente. Pero, si su presencia se realiza en cada uno de los miembros, entonces, amar a la Iglesia implica amar a todos sus miembros, indistintamente de la función institucional que desempeñen.

Si amar a la Iglesia implica amar a Dios y a amar a los hombres, objetos ambos de la virtud teologal de la caridad, se deduce que el amor a la Iglesia forma parte también de esta virtud teologal. El amor a la Iglesia sería, según la distinción de Santo Tomás⁹⁸, una virtud subjetiva o esencial de la caridad, ya que, siendo caridad teologal, su objeto no es directamente Dios, sino la Iglesia, aunque a través de ella se ama a Dios mismo. Hasta cierto punto se podría afirmar que el amor a la Iglesia es la síntesis de la caridad teologal pues contiene tanto el amor a Dios, en su presencia hoy en el mundo, como el amor a los hombres, en sus miembros e instituciones humanas.

⁹⁶ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano...*, 235.

⁹⁷ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Libres en la caridad...*, 19.

⁹⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 48, a. 1.

5. *Hay que priorizar el bien de los bautizados por encima del bien de los estados de vida.* No se trata de priorizar unos miembros de la Iglesia respecto a los demás. Se trata de priorizar a todos en razón de que todo bautizado es presencia de Dios y no en razón del estado de vida o de la función eclesial que desempeña. En otras palabras, la santidad y salvación de todos y cada uno de los fieles es la finalidad de la Iglesia.

Igualmente es necesario dar al matrimonio y a la familia, imagen original del amor trinitario y de la relación Cristo-Iglesia, su centralidad en la vida eclesial. En el principio, la vocación al amor se realizaba exclusivamente por medio del matrimonio. Después Dios quiso regalar otras expresiones de su amor divino y del amor de Cristo por su Iglesia: el ministerio sacerdotal y la consagración. Pero estos fueron queridos por Dios y puestos por Él al servicio de la vocación universal al amor de todos los bautizados y de la familia.

Ciertamente, la Iglesia es un «pueblo jerárquicamente estructurado por voluntad de Cristo»⁹⁹. Pero «hay que eliminar esa idea de que decir Iglesia es decir Sacerdotes, Obispos y Papa [...] Estos no son otra cosa que los niños, los jóvenes y los hombres de ayer que, siendo ya Iglesia, fueron llamados a una misión»¹⁰⁰. Es la unión de cada miembro con Dios lo que debe ser privilegiado en la pastoral eclesial y a este fin debe tender las diversas funciones, misiones y estados de vida en la Iglesia.

6. *La Iglesia ha de vivir siempre en constante fidelidad y renovación.* «“Renovación y fidelidad” [...] Este slogan –renovar conforme a los signos de los tiempos con fidelidad al depósito recibido– se hizo vida en todas las realizaciones pastorales que llevó a cabo desde entonces el Señor Cardenal»¹⁰¹. Lo importante es entender bien los dos conceptos y, sobre todo, aunarlos sin detrimento de uno o preeminencia del otro. Don Marcelo «entendió esa renovación, no como un mero cambio de estructuras, sino como la reforma interior que brota desde dentro e impulsa el Espíritu, volviendo

⁹⁹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Testigos de la Fe*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1990, 323.

¹⁰⁰ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Un nuevo tipo de católico en España. IX.- Y con Cristo, la Iglesia...», en *BOAT*, julio-agosto 1986, 438.

¹⁰¹ R. PALMERO RAMOS, «Renovación y fidelidad. Aproximación a un pastor fecundo», en AA.VV., *Don Marcelo. 23 años...*, 5. Uno de los primeros libros que recopilan escritos y predicación de Don Marcelo lleva el título *Creo en la Iglesia. Renovación y fidelidad*, B.A.C., Madrid 1973.

a las fuentes y siendo fieles a los principios vitales que animan a la Iglesia como Dios quiere»¹⁰².

La renovación y la fidelidad son exigencias intrínsecas de una realidad como la Iglesia con el fin de hacer eficaz su mensaje de siempre al mundo de hoy. No se trata de un juego de equilibrio o diplomacia entre dos tendencias, sino una integración constante de dos aspectos de una misma realidad. La Iglesia, como su Cabeza, es la misma ayer, hoy y siempre. Hay que renovar en la fidelidad, de lo contrario no es renovación; y hay que ser fiel en una constante renovación, de lo contrario no se puede hablar de fidelidad. No hay que disminuir ninguna de los dos elementos para dar espacio al otro. Se requiere totalidad en la continuidad y totalidad en la novedad¹⁰³.

7. Promover en los bautizados el amor a la Iglesia tanto en sus aspectos sobrenaturales como naturales. Ha llegado para todos los bautizados la hora de amar a la Iglesia.

Desde la perspectiva subjetiva, amar a la Iglesia significa amar con todas las capacidades personales, humanas y sobrenaturales. Es decir, aplicar la inteligencia, iluminada por la fe, y la voluntad, fortalecida por la gracia, a la búsqueda del bien de la Iglesia. De este modo el corazón descubrirá la belleza de toda la realidad eclesial.

¹⁰² A. CAÑIZARES LLOVERA, «Ha muerto Don Marcelo...», 537. La siguiente anécdota, narrada por el secretario personal de Don Marcelo, es ilustrativa: «Recuerdo que una vez, en un tertulia con un grupo de personas de confianza alguien le dijo, mitad en broma y mitad en serio: Es que usted, Don Marcelo, se parece a las encinas de su pueblo, duras en el tronco, que chasca, pero no dobla jamás por fuerte que sean el vendaval y la tormenta, y sin embargo habla de apertura y renovación con toda naturalidad. “*Así quiero ser*, dijo Don Marcelo, *en lo esencial no cambio, ni puedo cambiar, sin traicionar a la esencia del Evangelio y de la Iglesia, pero, ya que has puesto esta comparación, fijate en las encinas: el tronco y las raíces, inmovibles, pero sus ramas se mueven con facilidad con el viento, aunque éste no sea fuerte; cada cierto tiempo las podan y esas ramas sirven para dar calor a muchos y, además, precisamente por la renovación de las ramas –lo accidental– las raíces y el tronco cogen nueva sabia, que fortalece la fuerza esencial del árbol*”. Así era y hablaba Don Marcelo», S. CALVO VALENCIA, «Introducción», en A.J. GONZÁLEZ CHAVES, *Don Marcelo, amigo...*, 19-20. La cursiva es del original.

¹⁰³ Una síntesis perfecta y reciente de los criterios aportados por Don Marcelo son las siguientes palabras: «Novedad radical y una fidelidad igualmente radical», J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, Planeta, Barcelona 2012, 126.

Desde el punto de vista objetivo implica amar a toda la Iglesia. «Por un lado, la Iglesia de la intimidad en la que mora Cristo con la fuerza del Espíritu; por otro, la fuerza de la acción apostólica a favor del hombre, buscando al hombre concreto»¹⁰⁴, pues «lo humano y lo divino se entrecruzan en la Iglesia de Dios»¹⁰⁵.

El amor sobrenatural a la Iglesia no es sólo motivación, sino objeto de nuestro amor. Es decir, se trata de amar «la institución que Cristo dejó en el mundo para asegurar que llegue a todos los tiempos y lugares la obra de la Salvación que Él realizó»¹⁰⁶, pues «en ella se nos perdonan los pecados [...] y en ella se realiza nuestro paso del peregrinar por la tierra a la Casa del Padre»¹⁰⁷.

Hay que amar también toda la realidad visible de la Iglesia en cuanto institución, pero, sobre todo, habrá que amar a los miembros concretos: al Papa, a los obispos, a los sacerdotes, todos los bautizados. Amarlos según el «espíritu de unidad y de amor fraterno que es indispensable para la edificación de la Iglesia»¹⁰⁸.

Amar a todos, pero también amar todo lo que cada uno es. Y esto significa, tener siempre presente que «la finalidad de la Iglesia no puede deducirse de sus apariencias exteriores [...], todo esto es secundario y carece de sentido si no va vinculado a su finalidad histórico-salvífica»¹⁰⁹ y de santificación de cada uno de sus miembros.

8. *Dejarse imbuir del modo de pensar y vivir de la Iglesia.* Todo hijo de la Iglesia ha de modelar su pensamiento a la luz de su “Madre y Maestra”. Para todo bautizado la Iglesia no es un influjo social, sino el sacramento de Cristo que forma la mente y el corazón creyente.

Es necesario dejarse formar. Muy bien entendió Don Marcelo que la Iglesia era una Madre que le enseña y forma, y él se dejó instruir y educar por su rico patrimonio. Los teólogos del pasado y del presente, los santos y

¹⁰⁴ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «El amor a Jesús es la fuerza interior de la Iglesia. La riqueza interior de todo cristiano», en *BOAT*, junio 1987, 378.

¹⁰⁵ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia...*, 266.

¹⁰⁶ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Véante mis ojos...*, 119.

¹⁰⁷ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Un nuevo tipo...», 438.

¹⁰⁸ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Constituciones Sinodales. XXV Sínodo diocesano*, Arzobispado de Toledo, Toledo 1991, 94.

¹⁰⁹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia...*, 245. Cita de W. BEINERT, *Mysterium salutis*, IV/1º, Cristiandad, Madrid 1973, 319.

las devociones de siempre y, sobre todo, el magisterio pontificio fueron para él pedagogos de su fe y vida cristiana.

Y así debe ser para cada uno de nosotros, hijos de la Iglesia. Solamente en la Iglesia y «por medio de la Iglesia continuamente nace Cristo en nosotros»¹¹⁰;

9. *Admirar y mostrar la belleza de la Iglesia.* Hay que descubrir la belleza de la Iglesia y hay que dar a conocer su belleza pues de aquí parte el camino pedagógico para crecer en su amor.

Pero, ¿dónde se encuentra esta belleza? Si la Iglesia es la presencia de Dios en cada uno de sus hijos, la belleza de la Iglesia se encuentra precisamente en sus hijos. Nos admiran el *beme aquí* de Cristo y el *fiat* de María, pero éstos fueron el inicio de una cadena interminable de acogidas y donaciones que posibilitan la misión divina en el mundo. «Lo hizo y lo dio plenamente Cristo; y ahora somos cada uno de nosotros, miembros de su Iglesia, hijos suyos por Cristo, los que hemos de realizar su voluntad y comunicar su amor»¹¹¹.

Así, la belleza de la Iglesia, sin perder su identidad sobrenatural propia, esta matizada por la belleza de sus miembros. No nos referimos solamente a una belleza a alcanzar, sino a la belleza que posee cada bautizado. «Cuando ven en vosotras un ejemplo vivo de santidad sincera, empiezan a comprender mejor lo que es el rostro de la Iglesia»¹¹². Lo que más necesitamos es descubrir y valorar la belleza teologal de cada uno de los fieles. Dedicamos mucha energía a ser mejores, pero hacemos bastante menos esfuerzo en graduar la mirada espiritual con el fin de gozar de la belleza eclesial¹¹³.

¹¹⁰ M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Resumen de la homilía en el acto de la toma de posesión del Título de la Iglesia de San Agustín, de Roma», en *BOAT*, marzo 1973, 136.

¹¹¹ M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia...*, 245.

¹¹² *Idem*, 348.

¹¹³ Un ejemplo de cómo transmitir la belleza de la Iglesia son estas palabras tomadas de San Ildefonso, sin aportar referencia: «Hoy también es grande nuestro gozo porque [...] vemos unidos en la fe y en la caridad al pueblo de los creyentes y a sus Pastores venerables, y podemos decir con palabras de San Ildefonso: “la granada de la nobleza de la Iglesia, que se compone en apretada unidad de tantos granos de fieles, que está distribuida en compartimentos de méritos, es compacta por la unidad de la fe, a la que la sangre de Cristo tiñe de rojo con su marca y perdura perpetuamente en la eternidad bienaventurada”», M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Sa-

10. *Trabajar por acrecentar el conocimiento, aprecio y amor a los obispos y a la diócesis.* Algo muy concreto, y que cada vez se hace sentir más su necesidad, es enriquecer la relación entre el obispo y los fieles de su respectiva diócesis, sean laicos, consagrados o sacerdotes. En la actualidad el conocimiento y aprecio que los fieles guardan por la Iglesia diocesana y por su pastor es deficiente¹¹⁴. «Es necesario corregir este fallo en nuestras comunidades y lograr una mejor formación en las mismas también en esta materia»¹¹⁵.

Se hace necesario reconocer que nuestros pastores se hacen cada vez más cercanos a todos sus fieles, pero deberán seguir luchando para encontrar momentos que les permitan contactar más y de primera mano a sus fieles, de modo que sean pastores que conozcan de verdad a sus ovejas. Quizá se requiera redimensionar el tamaño de las diócesis de modo que facilite estos encuentros personales entre obispos y fieles.

Pero, sobre todo es necesario purificar el corazón de los sacerdotes y de las personas consagradas en relación a sus respectivos pastores. Han de hacer un esfuerzo para verlos sin recelos, desde la fe, como hay que ver todo lo referente a la Iglesia. En mi opinión este es el punto fundamental. Cuando los sacerdotes y religiosos se relacionen con sus obispos con el amor filial que corresponde a los miembros de la *Familia de Dios*, entonces, ellos serán los canales que abrirán los corazones de los fieles para que acojan a sus obispos como auténticos padres de la *Familia de Dios* que peregrina en una diócesis. Llevarán también al padre de la diócesis las inquietudes de sus hijos más pequeños. Los sacerdotes deben ser el perno de unión entre los obispos y los miembros de la Iglesia.

ludo», en *Ritual de la misa mozárabe. XIV Centenario Concilio III de Toledo (589-1989)*, Arzobispado de Toledo, Toledo 1989, 3.

¹¹⁴ Cf. M. GONZÁLEZ MARTÍN, «Día de la Iglesia diocesana. Carta del Sr. Cardenal a los Párrocos y Rectores de Iglesias», en *BOAT*, noviembre 1984, 636-637.

¹¹⁵ *Ibid.*, 637.